
CAPITULO XXXVIII.

EL HEGELIANISMO RELIGIOSO.

Las exageraciones de la escuela ortodoxa llevaban por necesidad los ánimos con verdadero impulso hacia las escuelas filosóficas. Ninguna, á la verdad, tan dominante entonces como la escuela hegeliana. En su afán de constituir una síntesis, dentro de la cual cupieran todas las manifestaciones de la actividad, Hegel acepta la religion como fase necesaria del espíritu, como instante preciso en el total desarrollo de la idea. En este concepto, servia su sistema á los teólogos. Pero la religion superior al arte en la teoría de Hegel, es inferior á la filosofía. En este concepto servia poco, muy poco, el sistema hegeliano á los teólogos protestantes. No era posible que las almas piadosas admitiesen, como manifestacion más digna de fé, más pura, más luminosa, la ciencia humana que las revelaciones tradicionales de Dios. Y los escesos de la escuela teológica habian sido tales y tantos, que el sentido general se refugiaba, huyendo de ese dogmatismo asolador, en el seno de la filosofía, donde á lo ménos el aire de la libertad

volvía á refrigerar y templar las almas. Uno de los teólogos más eminentes de este tiempo y de esta tendencia, era Daub. Y Daub se extasiaba, primero ante la contemplacion de las fórmulas kantistas; de su imperativo categórico, dictado por la conciencia como ley suprema del deber; de su pura subjetividad, donde el individuo recababa para sí todas las libertades internas; de su severa y austerísima moral; de su Dios, enterrado en los glaciales desiertos de las frias eminencias donde la razon pura se aísla, y resucitado luego en los hondos valles de la realidad, en la razon práctica; y desde la filosofía crítica se precipitaba de un salto, como tocado de vértigo, en el inmenso océano del idealismo objetivo; en su vida embriagadora, en su naturaleza exhuberante, en su magnetismo misterioso, en sus corrientes eléctricas, en su gigantesca flora de ideas, en su intuicion sobrenatural, en sus milagros y en sus revelaciones; para irse despues, como cansado de todo reposo, como repulsivo á toda constancia, hacia el hegelianismo

y sus viajes eternos, desde el sér primitivo á la idea pura, desde la idea pura á la dialéctica, desde la dialéctica á la naturaleza, desde la naturaleza al Estado, desde el Estado, que se desarrola en mil formas, y que vive en innumerables siglos, al Arte, que pone el Universo material sobre la conciencia en el Oriente, que armoniza el espíritu y la materia en Grecia, que eleva el alma sobre la naturaleza en el mundo moderno; y pasa de allí á la Religion, y de la Religion á la Filosofía, siempre bajo la ley de la contradicción, que engendra abiertas oposiciones, para resolverlas en síntesis y trinidad sublimas; hasta llegar por fin á la plena conciencia de sí misma, siendo la idea, por esfuerzos sobrehumanos y por desarrollos sucesivos, eterno y absoluto Dios.

Marheineke es el gran teólogo de la escuela hegeliana: lucha por consecuencia contra todos los extremos, así contra aquellos que se entregan, retrocediendo, al idealismo objetivo; como contra aquellos que caen por completo en los excesos y en las violencias de la extrema izquierda hegeliana. La ciencia es el desarrollo lógico de la idea en sí, y la teología, por consiguiente, el desarrollo lógico de la idea como Dios. La idea de Dios no es una pura representación de Dios, no es un puro espejo donde Dios se refleja; es Dios mismo, immanente en el pensamiento del hombre. La idea de Dios tiene tres formas: la escritura, la fé y la ciencia. La idea de Dios no comienza á tener conciencia de sí misma, sino cuando un objeto exterior á ella la solicita fuertemente á definirse, á concretarse, y este objeto es el Evangelio. De aquí la revelación, á la cual se somete ciegamente la idea recién nacida, como el niño se somete á su madre. Y de la Revelación, tenida por sobrenatural, proviene la fé ciega y obediente; pero esta fé primitiva, esta creencia ciega, es el borrador primero del conocimiento y el grado más elemental de la idea. No hay certidumbre verdadera sino en el momento en que el objeto de la fé se reconoce por la filosofía, como idéntico y uno

con el contenido de la conciencia subjetiva. La dogmática es la fé comprendiéndose á sí misma. Así como la conciencia de Dios no se revela en el hombre, sino por la tésis y la antítesis; la dogmática no se presenta, sino en forma de contradicción. Pero como todas las contradicciones se resuelven al cabo en verdaderas armonías, el descubrimiento de estos principios está llamado á reconciliar todas las iglesias.

La división del sistema se explica por estas premisas filosóficas. En su desarrollo lógico la idea divina «Dios» se concibe primero como sustancia absoluta y por consiguiente impersonal. Así el sér de Dios y sus atributos constituyen la parte primera de la teología dogmática. Distinguiendo en seguida de este espíritu absoluto aquel espíritu que lo piensa, que lo ama, que lo adora, la dogmática en su segunda parte trata del Hombre-Dios, revelado en su Hijo. La idea divina rompe en Cristo su forma subjetiva, y se eleva, sin dejar de ser individual, á universal, como Cristo, sin dejar de ser hombre, llega á ser Dios; hasta que el espíritu adquiere plena y definitiva conciencia de sí mismo en el seno de la Iglesia. Y la ciencia de la Iglesia forma la tercera sección de la dogmática.

Si el hombre se niega á sí mismo la posibilidad de comprender á Dios, niega en el mismo hecho á Dios, puesto que el pensamiento del hombre no es otro sino el pensamiento del Creador. Dios es comprensible. El conocimiento de Dios se llama religion. La historia religiosa es el desarrollo del trabajo empleado para llegar á la idea de Dios y el desarrollo del trabajo empleado por la idea de Dios para llegar á su vez á la plena conciencia de sí misma. La religion cristiana es la religion definitiva; porque en ella el espíritu llega á la plena evidencia de ser en sí mismo absoluto. Como la idea de Dios es Dios, concibiéndose á sí mismo, no puede haber otra prueba de la existencia de Dios, sino esta idea misma. Dios es pensamiento. Y como el

pensamiento es idéntico al sér, Dios es el sér. Sus atributos se refieren á la substantividad, al Padre; á la subjetividad, al Hijo; y á la beatitud, al Espíritu Santo.

La creación es eterna, incesante, sin ningún género de interrupciones, ni eclipses, necesaria, porque sin ella Dios no sería más que una abstracción. El objeto de la naturaleza es revelar Dios á Dios mismo. Idéntica á lo absoluto en cuanto á su esencia, diversa en cuanto á su individualidad; el alma humana es la imagen de Dios. La identidad, que confunde el espíritu finito con el espíritu infinito, como el feto está confundido con el vientre de su madre, constituye la inocencia ó el estado inconsciente. El espíritu se distingue pronto en subjetivo y en objetivo, y por consecuencia se distingue de Dios. Y el individuo llega pronto al egoísmo, y somete el mundo á sus goces. De aquí el nacimiento del mal. El pecado tiene su raíz en la naturaleza del hombre. El pecado es primero original, vicio inherente á nuestra naturaleza. El hombre no puede existir sin Dios, ni Dios sin el hombre, porque lo finito necesita de lo infinito, y lo infinito de lo finito. Dios y el hombre son eternos. Dios es esencialmente Dios-Hombre, y el hombre es esencialmente Hombre-Dios; y las religiones no tienen más objeto que divinizar al hombre, y humanizar á Dios. El Cristianismo es la síntesis absoluta de lo finito y de lo infinito.

El Cristo histórico es la realización del ideal divino en una individualidad humana. Todo por el mundo, nada para sí propio, es su divisa. Así domina todo instinto, borra todo pecado, sujeta toda pasión, y es el centro luminoso de la historia. Cristo se llamará siempre nuestro redentor, porque nos ha mostrado con el ejemplo de su vida y de su muerte que es posible llegar á la santidad. Su vida es la realización de la virtualidad de justicia existente en la naturaleza humana. Dios se descompone en trinidad y se recompone en unidad. El individuo muere, pero la personalidad es in-

mortal, y de grado en grado de perfección, subirá hasta Dios.

Desde el momento en que la razón apropiaba á una escuela filosófica todos los dogmas religiosos, había de nacer por necesidad, como un término más en la serie lógica de los progresivos desarrollos de la idea, quien extremara este sentido, y concluyera por combatir el Cristianismo. La escuela de Hegel se había dividido desde la muerte del gran maestro en derecha, centro é izquierda. La derecha formaba un partido, en filosofía conservador de la pura idea del maestro, y en política conservador de la monarquía hereditaria, de la pena de muerte, y sobre todo, de aquellas teorías de los hombres representativos, como les llamaba Emerson, de los hombres-ideas, hombres-siglos, que Hegel extendía á los reyes del arte, de la ciencia, de la industria, á los que poseen por gracia y elección divinas el genio, á los reyes del espíritu, y que los reyes del mundo limitaban á sus dinastías tradicionales, como hizo Napoleón III en su célebre *Historia de la vida de César*. El centro conservaba las ideas filosóficas del maestro; pero daba á las ideas políticas un sentido más liberal y progresivo. La extrema izquierda lo transformaba todo. Admitía el movimiento de la idea, la corriente de la dialéctica, pero eliminaba en este movimiento, en esta corriente, un término esencialísimo, un punto indispensable, generador de ideas sucesivas en el sistema hegeliano, eliminaba la religion, combatiéndola por contraria á la ciencia, denostándola por opuesta al progreso, y admitía en política la pura democracia, el derecho puro, la República, ofreciendo en sus principios el ideal de la sociedad. Mas hay entre estos pensadores un hombre que, teólogo de profesión y no filósofo, había de apasionar en su pró ó en su contra al mundo entero con una obra de crítica religiosa; y que admitiendo el sentido filosófico de la extrema izquierda hegeliana respecto á religion, había de comba-

tir, por extrañas contradicciones, todo su sentido político. Creo haber designado bien á las claras al escritor quizá más ruidosamente célebre de la Alemania moderna, el más combatido y criticado, Strauss, autor de la *Vida de Jesús* objeto de tantas controversias, y

cuya tormentosa vida, cuyos numerosísimos escritos, cuyas radicales inconsecuencias enseñan mucho del estado moral de Alemania é influyen mucho en su movimiento político y en sus crisis históricas.

CAPITULO XXXIX.

EL DOCTOR STRAUSS.

La antigua Suabia es una region deliciósima, quebrada en sus terrenos, vária en sus paisajes, humedecida y regada por claros arroyos y profundos rios, cubierta de bosques cultivadísimos y de agrestes selvas; con rientes colinas y sublimes montañas; rica en praderas donde se alimentan incomparables ganados y en viñedos donde se cojen suaves vinos; hermosa por la fecundidad de su naturaleza y hermosada aún más por la virtud del trabajo. En esta region brótaron los coros de poetas, cuya gloria se refleja sobre la frente de toda Alemania; y nacieron el gran filósofo Hegel, y su infidelísimo discípulo el doctor Strauss. Inútil recurrir á los biógrafos para conocer la vida de este hombre, los sentimientos y las sensaciones de sus primeros años, los padres que le dieron el sér y le criaron, los maestros que le instruyeron; el desarrollo de su inteligencia, la vida de su corazón, porque él mismo se ha revelado al mundo y se ha trasmitido á la historia en páginas, en fragmentos, que brillan por la fluidez de la frase y la pureza del gusto.

En santa poesía rebosan las sencillas y delicadas páginas que ha escrito de su madre, contando á sus propios hijos, y ofreciéndoles como ejemplo que seguir y modelo que imitar, la vida de su santa abuela. No busqueis en estos relatos el arte trágico de Rousseau, que al nacer da muerte á la que le diera vida, y tiene existencia tormentosa, como si corriera sobre cáuce abierto en los abismos del infierno. La casa donde ha nacido y se ha criado Strauss, brilla por esa poesía íntima del corazón, del hogar, de la familia, que tanto sirve á vivificar y sostener el sentimiento de la propia individualidad en las razas germánicas. Su madre queda huérfana en edad bien temprana. Su abuelo materno la socorre, la acoge, la educa en sencilla medianía, con el cariño más tierno y el cuidado más previsor y más profundo. El abuelo tiene casa de comercio, donde aprende la netezuela todas las enseñanzas del menaje; y tiene viña productora, donde la netezuela aprende el amor al campo y á la naturaleza. Cuando los racimos comenzaban á madurar, no la permitia